

PROCESOS INTERCULTURALES

Juan C. Godenzzi (ed.)

TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE
Nº 1 – Invierno 2005

Colaboradores de edición

María Mercedes Correa

Daniel Sánchez

GLOBALIZACIÓN, SOCIEDAD Y POLÍTICA

La invención del multiculturalismo

Sebastián Wierny

Otra cosa que me molesta en el multiculturalismo es cuando me preguntan: “¿Cómo puede estar tan seguro de no ser un racista?”, mi respuesta es que hay una sola manera: cuando se puede intercambiar insultos, bromas brutales, chistes sucios, con un miembro de una raza diferente, y ambos sabemos que no hay detrás una intención racista. Si, por el contrario, jugamos el juego políticamente correcto: “Oh, cómo te respeto, qué interesantes son tus costumbres...”, es racismo invertido, y es repugnante. (Slavoj, Zizek)

El tema que abordaré en este ensayo será el del multiculturalismo. Considero que es oportuno, antes que nada, manifestar el motivo particular que me ha llevado a interesarme en este concepto. He estado viviendo en Montreal durante cinco años, pero debo aclarar que de chico ya había vivido en esta misma ciudad de los siete a los catorce años. Dejé mi país natal, la Argentina, de niño y regresé años más tarde para realizar mis estudios universitarios. Lo que quiero expresar con estos datos personales es la peculiaridad de mi situación en Canadá. Volví con el estatus de ciudadano canadiense, dominando perfectamente el inglés y el francés (por haber estado expuesto a estas lenguas desde temprana edad), además de mi lengua materna, el español. No sufrí ningún problema de adaptación cultural por el hecho de haberme aclimatado a la cultura quebequesa/canadiense

de chico. A pesar de esto no puedo considerarme como quebequés ni como canadiense y, significativamente, tampoco como inmigrante. Ni yo me siento inmigrante, ni la gente local me califica como tal dado que domino los idiomas locales y que no se me puede catalogar como minoría visible, etc. El hecho de no pertenecer a ningún grupo me da la posibilidad de formar parte de varios.

Todo esto para decir que pude tener diferentes perspectivas acerca de las relaciones multigrupales y vivir las diferencias desde dentro y fuera de diferentes grupos. De este modo, pude hacerme eco de lo que siente el latino como inmigrante en Canadá, pude codearme con el “québécois pure-laine” (quebequés de pura cepa) y enterarme de sus impresiones acerca del hecho de sentirse minoría dentro de su propio territorio. De algún modo, tuve acceso privilegiado a varias opiniones (sinceras, ya que no me consideraban como diferente o muy diferente) acerca del Otro cultural, tanto desde la perspectiva de integrantes de grupos minoritarios como mayoritarios. En otras palabras, en mi posición de miembro “infiltrado” dentro de grupos donde no se me cataloga como sumamente diferente, pude enterarme directamente de la incomodidad que sienten integrantes de diversas comunidades

etnoculturales en la convivencia diaria con otros grupos, además de hacerme eco de algunos prejuicios y de la discriminación que existen. Es importante mencionar que uno no se enterará de estos comentarios a menos que esté integrado al grupo donde se expresan secretamente las opiniones acerca del Otro.

Quisiera aclarar que en mi observación informal acerca de lo que piensan algunos individuos pertenecientes a grupos mayoritarios sobre los inmigrantes, y viceversa, no se evidencia nada más alarmante que comentarios humorísticos que nadie se toma demasiado en serio. Una cosa sí es evidente, y esto se enlaza con el tema que me incumbe: a pesar de la gran diversidad etnocultural que existe en Quebec y Canadá, noto que el nivel de interacción entre integrantes de los diferentes grupos es llamativamente bajo. Los anglocanadienses no tienden a relacionarse con canadienses francófonos (Kymlicka nos cuenta que tampoco leen los mismos libros, ni se interesan en los mismos temas: se dan la espalda, etc.); los latinos, griegos, portugueses forman sus propios círculos, los árabes musulmanes no suelen codearse con otros grupos minoritarios, los italianos tienen sus zonas residenciales exclusivas, etc. Repito, todo mi relato se basa en mi experiencia informal y punto de vista particular, pero no tengo duda de que el término “sociedades paralelas” se puede aplicar muy bien a la situación de los diversos grupos étnicos, nacionales (o como se los pretenda definir) en Canadá.

Con esta experiencia en mente (otros le llamarán prejuicio), decidí inquirir sobre si la llamada política multicultural impulsada por el gobierno de Canadá tenía algo que ver con la escasa cohesión que se evidencia entre grupos etnoculturales, por lo menos en la región de Montreal. Según lo que había aprendido leyendo sobre el tema, el multiculturalismo canadiense tenía como objetivo principal “promover la diversidad”. En el excelente seminario a cargo del profesor Juan C. Godenzzi llamado “Procesos Interculturales”, se presentaron artículos que trataban sobre el multiculturalismo. Cuando manifesté a la clase que no entendía lo que significaba exactamente “promover la diversidad”, inmediatamente una participante del grupo intentó explicarme que “promover la diversidad” es “reconocer las diferencias, fomentar los aspectos culturales de los diferentes grupos”, etc. En mi mente habría sido lo mismo si me hubiera dicho que “promover la diversidad” es recordarle a todos que el italiano es antes que nada italiano; el árabe, árabe; el latino, latino, etc. Esta forma de construir un cerco alrededor de las identidades no era lo que yo me imaginaba que debía promover un Estado como Canadá, que se preciaba de ser uno de los países más acogedores del mundo. Si bien

es verdad que cualquier integrante de una minoría se siente seguro y respira un aire de libertad en el suelo canadiense, siempre me resultó extraña la sensación de que la mayoría de los inmigrantes que residen en este país se congreguen casi exclusivamente alrededor de los integrantes de su propio grupo.

Otro hecho que me viene llamando la atención desde algunos años es la constatación de que un gran número de puestos públicos y ciertos ámbitos profesionales (en Montreal, por lo menos) están acaparados casi exclusivamente por franco-canadienses, más precisamente por quebequeses blancos. Al mismo tiempo, en varios tipos de empleo de baja remuneración es inusual encontrar “québécois pure-laine” (sobre todo si tienen un nivel medio de escolarización). En cambio, sí se pueden encontrar inmigrantes en aquellos puestos de bajo salario incluso cuando tienen un nivel medio o alto de escolarización. Mi creciente sospecha de que la sociedad canadiense y quebequesa distaba de ser un modelo perfecto de interculturalidad e igualdad me llevó a explorar la dinámica de las relaciones entre grupos etnoculturales mayoritarios y minoritarios.

Preguntas tales como las siguientes se fueron desarrollando en mi mente: La sociedad mayoritaria, o en todo caso el Estado, ¿están realmente determinados a incorporar a los inmigrantes dentro del mercado laboral y darles acceso a recursos y oportunidades similares a los del grupo dominante? ¿La política multiculturalista canadiense quiere a grupos etnoculturales bien definidos para que existan claras demarcaciones entre estos, o propone la interculturalidad pero no lo logra? Otra pregunta no menos recurrente era: Habiéndome criado en un estado como el argentino, donde prevalece la homogeneización etnocultural, ¿estoy yo influenciado negativamente por los preceptos que impone el Estado-nación? Si es así, mi modo de percibir la realidad canadiense estaría influenciado por este modelo supuestamente caduco de Estado y carecería de validez. Cuando en el seminario del profesor Godenzzi se habló del multiculturalismo y de que Canadá era el principal exponente de la política correspondiente, decidí explorar la cuestión con cierto rigor (tratando de ser lo más imparcial posible) y convertirla en el tema principal de mi trabajo final para el seminario de “Procesos Interculturales.” Exploraré la cuestión del debate acerca del multiculturalismo en su faceta teórica y luego en su versión pragmática, concentrándome en la realidad canadiense. Creo necesario empezar por hacer la distinción entre varios usos del término multiculturalismo ya que, según la opinión de Giovanni Sartori, es un término que se presta a la confusión. Por un lado, es un programa político que tiene como objetivo

reconocer y fomentar la diversidad en el seno de un estado “poliético” (poblado por inmigrantes) o “multinacional” (poblado por grupos que tienen diferentes niveles de autonomía y representación gubernamental) tal como los define Will Kymlicka. Con respecto a esta acepción de “multiculturalismo”, Sartori se apura a diferenciarla del concepto de “pluralismo”, ya que considera que autores tales como Brian Barry los confunde:

Ce terme [pluralisme], malheureusement trop souvent utilisé, est tout aussi mal compris. Un auteur de la stature de Brian Barry déclare qu’il utilise le mot “pluralisme” pour indiquer “un programme politique visant à institutionnaliser la différence culturelle découpant la société”. Mais c’est là, je le démontrerai, la définition du multiculturalisme. (8)

Para el politólogo italiano resulta importante aclarar que multiculturalismo no es sinónimo de pluralismo. Sartori parece estar cómodo con la idea de que el multiculturalismo es un programa político que pretende “institucionalizar” la diferencia que “recorta a la sociedad”. En cambio, hablando de la idea implícita en el “pluralismo” Sartori señala que:

...le pluralisme affirme que la diversité et le désaccord sont des valeurs qui enrichissent l’individu et sa “cité politique”. (16)

Esta idea, señala el politólogo italiano, precede a la aparición del término “pluralismo” ya que históricamente está implícita en el desarrollo del concepto de tolerancia y en su progresiva acepción en el siglo XVII en el marco de las guerras de Religión (mi traducción, 16). El concepto de “pluralismo” equivale a estar abierto a la diversidad desde la óptica del autor. Es consciente, además, de que el término “multiculturalismo” puede significar un estado de hecho que simplemente indica la “multiplicidad” de culturas. En este sentido Sartori aclara que el concepto de “pluralismo” y “multiculturalismo” no se oponen. Únicamente cuando el multiculturalismo se declara como un valor, un valor prioritario, Sartori estima que: “pluralisme et multiculturalisme entrent en conflit” (51).

Giovanni Sartori manifiesta en su libro, *Pluralisme, Multiculturalisme et Étrangers*, que se pueden presentar dos versiones de multiculturalismo. Hace notar que la acepción dominante de multiculturalismo es “antipluralista”. (53) Los orígenes intelectuales del multiculturalismo, según asevera el politólogo, son marxistas. Nos informa además que el multiculturalismo ve la luz entre los neomarxistas ingleses fuertemente influenciados por Foucault:

...il s’affirme dans les colleges et dans les universités par l’introduction de “recherches culturelles” se focalisant sur la

question de l’hégémonie et de la domination d’une culture sur une autre. (54)

Agrega Sartori que teóricos americanos de formación netamente marxista se abanderan de las propuestas principales del multiculturalismo (el reconocimiento y preservación de las diferencias etnoculturales), pero rechazan completamente el pluralismo: “soit par intolérance, soit parce qu’il privilégie la séparation plutôt que la intégration” (54).

Aunque, como señala Sartori, Brian Barry confunde por momentos los términos pluralismo y multiculturalismo, el autor inglés entiende por multiculturalismo la “política de la diferencia” (the politics of difference). Contrasta este programa político con la noción liberal de los “difference blind principles”, es decir, un concepto universal de los derechos que es “ciego” a las diferencias. Según Barry, la política multicultural tal como la que defiende Will Kymlicka se opone a los conceptos igualitarios propugnados por el liberalismo. Para Barry el multiculturalismo asume que “distinctive cultural attributes are the defining features of all groups” (305). Por ende acusa al multiculturalismo de “culturalizar” las identidades grupales. El multiculturalismo, según como lo percibe Barry, es un programa político que tiene el objetivo de brindar un tratamiento preferencial o derechos especiales a grupos o miembros de grupos etnoculturales que se encuentran desfavorecidos con respecto a grupos dominantes. Desde una perspectiva liberal, rechazará por completo las propuestas multiculturales.

Para Will Kymlicka el multiculturalismo es simplemente un término que:

le gouvernement canadien utilise pour désigner les politiques postérieures à 1970 visant à promouvoir, en matière d’immigration, la polyethnicité plutôt que l’assimilation. (33)

Para resumir, entonces, por multiculturalismo se entienden los preceptos originados en círculos universitarios anglófonos por intelectuales de procedencia marxista o neomarxista; además, es un término que simplemente denota la coexistencia de diversos grupos nacionales o étnicos en un mismo territorio; y, por último, el significado al que me atendré en este ensayo: un programa político que se propone fomentar la diversidad y que se opone a intentos de asimilación de diferentes grupos etnoculturales que conviven dentro de un mismo territorio por parte del Estado. Entre otras cosas entenderé por políticas multiculturales las que tienden a crear Estados “multinacionales” o “poliéticos” (tal como los define Will Kymlicka) mediante legislaciones que incentiven las aspiraciones particulares de grupos minoritarios y

mayoritarios dentro de un mismo Estado. Será mi propósito entrar de lleno en el debate multicultural ilustrando los puntos de Will Kymlicka, que provee un sostén intelectual a la política canadiense que impulsa el multiculturalismo desde 1971, y dos antimulticulturalistas: Brian Barry y Giovanni Sartori.

El profesor Kymlicka, de la universidad de Ottawa, ha escrito numerosos artículos y libros dando a conocer la necesidad de promover reformas gubernamentales con el propósito de proteger a los grupos (nacionales y étnicos) desfavorecidos. Por ejemplo, en su libro *La citoyenneté multiculturelle: Une théorie libérale du droit des minorités* arguye sobre la necesidad de asociar a los principios tradicionales del derecho de las personas una teoría de los derechos de las minorías. En principio, esto se opone al concepto liberal de una misma ley para todos inspirado en la Declaración Universal de los derechos humanos. A diferencia de los liberales que consideraban que garantizando los derechos individuales no habría necesidad de derechos suplementarios dirigidos a diferentes grupos étnicos nacionales, el profesor canadiense arguye que “les droits des minorités ne peuvent pas être subsumés sous la catégorie des droits de la personne” (14). Unos de los argumentos principales que apoya su posición es que:

Le droit à la liberté d'expression ne nous dit pas ce qu'est une politique linguistique adéquate: le droit de vote ne nous indique pas comment doivent être tracées les frontières politiques, pas plus qu'il ne nous renseigne sur la façon dont les pouvoirs doivent être répartis entre les différents niveaux de gouvernement... (15)

En otras palabras, Kymlicka manifiesta que los derechos individuales de las personas no toman en cuenta las particularidades de grupos minoritarios y por ende no pueden resolver problemas específicos de estos grupos. Luego de un recuento histórico de la trayectoria de los derechos universales, el autor señala que la organización de las Naciones Unidas borró toda diferencia al derecho de las minorías en la Declaración Universal del derecho de las personas. La explicación más verosímil la atribuye Kymlicka al fracaso de anteriores tratados a favor de las minorías en la Europa de entreguerra:

L'échec du dispositif mis en place par la Société des Nations pour la protection des droits des minorités et son rôle dans le déclenchement de la Seconde Guerre mondiale ont suscité le premier changement dans la position libérale. Ce dispositif avait rendu possible la reconnaissance des minorités de langue allemande en Tchécoslovaquie et en Pologne, tandis que les nazis incitaient celles-ci à formuler sans cesse de nouvelles exigences et de nouvelles plaintes vis-à-vis de leurs gouvernements respectifs. Lorsque les gouvernements polonais et tchécoslovaque ne souhaitèrent plus satisfaire à ces exigences ou ne furent plus en mesure d'y répondre, les nazis, saisirent de l'occasion pour les attaquer. La façon dont les nazis ont tiré parti du dispositif de la Société des Nations, avec la complicité des minorités de langue allemande, suscita une

réaction très forte de rejet du concept de protection internationale des [minorités nationales].(88)

Como consecuencia de este abuso cometido en nombre de leyes que protegen a las minorías, tan solo recientemente las Naciones Unidas han aceptado reexaminar la cuestión de la legitimidad de los derechos para las minorías étnicas y nacionales, nos informa Kymlicka.

En su libro, Kymlicka muestra estar perfectamente al tanto de las críticas que suscita su propuesta de crear derechos específicos para las minorías por parte de partidarios del liberalismo tradicional. Se enfrenta a cada una de estas meticulosamente apoyándose en argumentos sólidos y convincentes. Si analizamos la propuesta puntual de Kymlicka en el libro que tratamos, notamos que no es tan radical como suelen pensar algunos de sus detractores como Brian Barry:

Une théorie complète de la justice dans un État multiculturel comprendra des droits universels, accordés aux individus indépendamment de leur appartenance à un groupe, et certains droits déterminés en fonction de l'appartenance aux groupes ou des statuts spéciaux élaborés à l'intention des minorités culturelles. (16)

No pretende oponerse a los derechos universales de los que gozan los individuos en un estado democrático liberal, sino que pretende otorgar ciertos derechos determinados a grupos minoritarios culturales (específicamente a minorías nacionales). Para entender mejor la propuesta de Kymlicka considero pertinente analizar algunos conceptos que el autor desarrolla tales como el de “protección externa” y “contrainte interne”. El autor distingue dos tipos de reivindicaciones étnicas y nacionales. Llama medidas de “protección externa” a las que apuntan a proteger a los grupos étnicos o nacionales de los “efectos desestabilizadores de las decisiones tomadas en el seno de la sociedad en su conjunto” (mi traducción, 61). En cambio, las medidas de “imposición interna” otorgan al grupo nacional o étnico poderes públicos para “restringir la libertad de sus propios miembros en el nombre de la solidaridad del grupo” (mi traducción, 61). En otras palabras, el primer tipo de reivindicación nace de la constatación de que ciertos grupos tienen una posición más central que otros dentro del Estado (en cuanto al grado de autonomía o acceso a recursos, por ejemplo) y por ende el grupo desfavorecido aspiraría a derechos especiales o privilegios para compensar la desigualdad a nivel intergrupual. Kymlicka argumenta que los liberales deben apoyar algunas medidas de “protección externa” para asegurar la equidad en las relaciones entre grupos. Barry, como veremos, se opone a este concepto y ridiculiza este tipo de reivindicación ya que provocará la insostenible

situación de que los grupos tiendan a hacer exigencias cada vez más grandes. Esta situación le hace recordar al autor británico la historia de la diva que forma parte de un elenco musical y le hace saber a su empresario que no le importa cuál será el monto de sus ingresos por la representación mientras sean superiores a los del resto del elenco. En cuanto a las medidas de “imposición interna”, las cuales impiden a los miembros de un grupo cuestionar las autoridades tradicionales, son criticadas por el mismo Kymlicka, quien se encarga de señalar que deben ser rechazadas.

Otra importante distinción que hace Will Kymlicka en su libro es la que existe entre los “derechos a la autonomía gubernamental”, legítimos según el autor únicamente para las minorías nacionales; “los derechos poliétnicos”, válidos para los inmigrantes (especialmente minorías visibles); y “los derechos de representación política”, para asegurar un sistema más representativo que incluya a grupos desfavorecidos tales como los inválidos, homosexuales, mujeres, minorías étnicas/raciales etc. El autor aclara con respecto a los primeros tipos de derechos que:

permiten una transferencia de poder hacia unidades políticas locales, de tal modo que una minoría nacional no pueda ser vencida electoralmente por la mayoría en cuestiones culturales... tales como la educación, la inmigración, la explotación de recursos naturales, la lengua y el derecho de la familia. (Mi traducción, 62)

En cuanto a los “derechos” poliétnicos, apuntan a proteger y preservar prácticas religiosas o culturales específicas que pueden ser desfavorecidas por la legislación vigente. Como ejemplo se refiere a la autorización de policías (de origen sij) de llevar el turbante en lugar de un casco protector. Otro caso que también usa como ejemplo para ilustrar tipos de reivindicación de derechos poliétnicos es el de las comunidades judías y musulmanas que exigen que las matanzas de animales se hagan del modo que lo exige su tradición, a pesar de que para la mayoría pueda resultar cruel. Estos dos ejemplos serán muy criticados por Brian Barry al atacar los objetivos de los programas multiculturales. Con respecto al tercer tipo de derechos, el autor comenta que son necesarios para lograr un sistema más representativo, ya que en la mayor parte de los países democráticos los poderes legislativos están generalmente en poder de hombres blancos, activos, pertenecientes a la clase media. Una manera de contrarrestar esta realidad, sugiere Kymlicka, sería de conformar un sistema representativo que incluya un porcentaje aceptable de minorías étnicas, mujeres, inválidos y miembros de grupos económicamente desaventajados. Con respecto a esta propuesta de Kymlicka, el autor británico se pregunta si es realmente

válido imaginar a individuos homosexuales, mujeres, inválidos, etc. como si pertenecieran a grupos culturales y compartieran características similares fuera del hecho de ser mujer, homosexual o inválido. Por ende, arguye que no se pueden considerar estas categorías como entidades culturales.

Kymlicka insiste en la importancia de otorgar derechos colectivos a grupos minoritarios cuya cultura corre el riesgo de ser aplastada por la avasallante influencia cultural del grupo dominante. Para el autor, la noción de pertenencia cultural debe ser tenida en cuenta por el hecho de que:

le choix individuel dépend de l'existence d'une culture sociale définie par la langue et l'histoire et que la plupart des gens nourrissent un lien très fort avec leur propre culture. (18)

Para preservar estas facetas culturales, expresa el autor, son necesarios derechos colectivos ya que los derechos individuales sólo pueden apuntar a casos de miembros particulares de cada grupo y no pueden resolver cuestiones específicas del grupo afectado.

En su libro, *Culture and Equality*, Brian Barry responde a las críticas de la concepción liberal de la ciudadanía además de atacar las principales propuestas del multiculturalismo. Una gran parte de su libro consta de críticas puntuales a las propuestas de Will Kymlicka. El autor británico pone en tela de juicio el comentario del filósofo canadiense que asevera, según nos cuenta Barry, que no hay una alternativa clara a la posición multiculturalista. Uno de los puntos principales del desacuerdo entre los dos autores reside en el tipo de derechos ciudadanos que cada uno propone. Kymlicka considera, por ejemplo, que los “identical set of citizenship rights” (derechos ciudadanos idénticos), defendidos por Barry y los liberales tradicionales, deben ser actualizados para tratar de asuntos tales como la diversidad etnocultural. Barry rechaza el argumento de Kymlicka a favor de los “culturally differentiated rights” ya que considera que los principios liberales “indiferenciados” (“difference-blind liberal principles”) son suficientes para garantizar la igualdad y la justicia de los individuos. Las políticas particularistas inevitablemente tienden a reforzar las diferencias y promover la marginación de los integrantes de los diversos grupos etnoculturales, argumenta Barry. El autor estima que los objetivos universalistas e igualitarios que el liberalismo se propone son obstaculizados por las propuestas multiculturales:

Pursuit of the multicultural agenda makes the achievement of broadly based egalitarian policies more difficult in two ways. 1) It diverts political effort away from universalistic goals. 2) But a more serious problem is that multiculturalism may very well

destroy the conditions for putting together a coalition in favour of across-the-board equalization of opportunities and resources. (325)

Otro punto que señala Barry es que los multiculturalistas, con su deseo de crear “una masa de anomalías y casos especiales para acomodar a las minorías culturales” (mi traducción, 9), parecen no reconocer el aporte de los enciclopedistas franceses al atacar las políticas anteriores a la Revolución Francesa:

In advocating the reintroduction of a mass of special legal statuses in place of the single status of uniform citizenship that was the achievement of the Enlightenment, multiculturalists seem remarkably insouciant about the abuses and inequities of the *ancient régime* which provoked the attacks on it by the Encyclopaedists and their allies. It is not so much a case of reinventing the wheel as forgetting why the wheel was invented and advocating the reintroduction of the sledge. (11)

Para el autor, las propuestas de los programas multiculturales son un retroceso ya que pasa por alto los progresos jurídicos de la Ilustración en la que se basan para la protección y garantías del ciudadano, en cuya concepción no importa la pertenencia cultural, étnica, racial, religiosa, etc.

Al igual que Kymlicka al defender las políticas multiculturales, Barry está al tanto de las principales objeciones que se le hacen por defender sus convicciones liberales. Los exponentes de las “políticas de la diferencia” (“politics of difference”), tal como los llama Barry, atacan a los liberales por su “universalismo abstracto” (11). Barry defiende la posición liberal mediante una metáfora que sirve para ilustrar el concepto igualitario de los liberales. Derechos iguales para todos no implica que para cada caso o problema particular de un individuo haya una solución única. La metáfora que usa Barry es la de comparar a los ciudadanos del Estado con pacientes de un hospital que necesitan tratamientos distintos. Cuando el liberalismo sugiere derechos iguales para todos esto no significa, nos aclara el autor, que los enfermos de cáncer recibirán el mismo tratamiento que los enfermos de sida u otras enfermedades, sino que todos se benefician por igual de tratamientos acordes con su mal. De este modo, Barry compara el tipo de derechos universales que promueven los liberales con una atención hospitalaria igual para todos los individuos pero adaptada a la especificidad cultural de cada uno.

Barry se mostraría de acuerdo con los multiculturalistas si los tratamientos particulares que proponen apuntaran a hacer que desaparezcan las condiciones que hacen que aquellos tratamientos sean necesarios desde el comienzo. Pero como asevera el autor británico (además de varios “antimulticulturalistas” como Giovanni Sartori), los multiculturalistas no se preocupan por erradicar las condiciones originales de desigualdad que existen en las

relaciones entre grupos mayoritarios y minoritarios. Luego, Barry va más allá, al considerar que las propuestas multiculturales no sólo no intentan erradicar las condiciones originales de desigualdad permanentemente, sino que de algún modo refuerzan aquellas diferencias y desventajas. Es decir, que se convierten, desde su perspectiva (y la de Sartori), en un círculo vicioso:

Multiculturalism creates the reality which is then, in a circular process of self-reinforcement, appealed to as justification for a further extension of multiculturalist policies. (314)

Para defender su tesis Barry argumenta que el individualismo liberal implica que el grupo no tiene un valor que sobrepase el de sus miembros, pero que esto no quita que se reconozca el rol benéfico que desempeñan las comunidades y asociaciones a las cuales pertenecemos. Agrega que políticas particularistas, a diferencia de la implementación de derechos “indiferenciados” (“difference-blind”) para todos, tienden a reforzar la marginación y aislacionismo de los grupos minoritarios. El problema más grave de esta situación es que cada grupo etnocultural tenderá a evitar participar conjuntamente en la vida política del estado que los alberga. Ciudadanos de diferentes grupos que no interactúan con los de otras comunidades no pueden llevar adelante una vida política coherente ya que esta presupone “ciudadanos que piensan de ellos mismos como contribuyendo a un discurso común acerca de sus instituciones compartidas” (mi traducción, 301). Con esta idea en mente, Barry refuta los reproches que habitualmente se le hacen al liberalismo tildándolo de “asimilacionista”. Considero que estos críticos tienden a confundir la noción de “asimilacionismo” con la de la cohesión mínima de diversos grupos que liberales tales como Barry propugnan para que exista un proyecto o discurso común de ciudadanía. Mientras cada grupo pretenda políticas hechas a la medida para satisfacer las necesidades particulares no podrá lograrse este proyecto común que Barry considera fundamental para conformar un cuerpo de ciudadanos que convivan en un Estado regido por leyes que aseguren la libertad y la igualdad a sus ciudadanos.

De todas las críticas que Barry y “antimulticulturalistas” tales como Giovanni Sartori le hacen a las propuestas de los multiculturalistas, considero que la más acertada es la que objeta contra el “ideal de la diversidad” (“ideal of diversity”) (71) tal como lo denomina Barry. El politólogo italiano, por su parte, califica esta propuesta multicultural que exacerba las diferencias multigrupales de “diversity machine”. Comparemos el comentario de Barry y de Sartori con respecto a este tema. Barry nos dice que:

For liberals, the right amount of diversity—and the right amount of assimilation—is that which comes about as result of free choices within a framework of just institutions. (71)

Por su parte, Sartori en su libro *Pluralisme, multiculturalismo et étrangers*, le reprocha al multiculturalismo el hecho de que convierte la diversidad en un valor intrínseco a diferencia del pluralismo que la valora pero no la tiene como un ideal absoluto:

Le pluralisme apprécie la diversité et la considère comme féconde. Mais il ne sous-entend pas qu'il faille multiplier les diversités, ni que le meilleur des mondes possibles soit celui où les diversifications vont toujours croissantes. (52)

Aunque la perspectiva de la crítica del politólogo italiano esté basada en su experiencia de la tensa coexistencia de grupos minoritarios con un grupo mayoritario en Italia y Europa (y en menor medida en la realidad estadounidense), sus críticas del multiculturalismo son relevantes en contextos como el canadiense. Como ya lo he mencionado, Sartori se encarga de distinguir pluralismo de multiculturalismo. Una sociedad pluralista según su propia definición es una sociedad abierta a la diversidad pero, a diferencia del multiculturalismo, no tiene una actitud pasiva ante esta. El autor italiano estima que la tolerancia de una sociedad abierta y pluralista tiene límites en cuanto a la apertura hacia el Otro. Una de las preguntas que se hace y le propone al lector para la reflexión crítica es: “jusqu'à quel point la société doit-elle être ouverte?” (8). En otras palabras: ¿cuál es el límite de la tolerancia hacia grupos minoritarios que no pretenden amoldarse a la cultura que los recibe por estar contra los principales valores que la rigen? Sartori se refiere principalmente a los inmigrantes musulmanes que él señala como los más difíciles de integrar, “por estar demasiado influidos por su religión que acapara todos los ámbitos de la vida en los Estados islámicos”. Los Estados democráticos liberales se caracterizan por hacer una clara separación entre el Estado y la Iglesia. Esta es, según los pensadores liberales como Barry y Sartori, una de las características fundamentales de la cual la cultura occidental se puede enorgullecer. La pregunta que funciona como *leitmotiv* del libro puede interpretarse de esta manera: ¿Hasta qué punto un Estado liberal está dispuesto a aceptar grupos o individuos que sostienen ideas “antiliberales”, que no valoran la libertad individual, la separación entre Estado e Iglesia, la libertad de expresión, la autonomía del individuo, etc.? El multiculturalismo, desde la perspectiva de Barry o Sartori, pretendería no sólo dar acogida a grupos que se oponen a los valores fundamentales de las sociedades liberales y democráticas, sino que promueve la necesidad de otorgarles derechos y privilegios. Algunos de estos

privilegios pueden oponerse teóricamente al concepto de derechos humanos como ocurre en el caso de ciertos grupos musulmanes que exigen que se les permita realizar los rituales de la abscisión del clítoris a las mujeres de su comunidad.

Sartori estima, entre otras cosas, que el multiculturalismo “se preocupa de forma obsesiva de la ‘identidad’ de toda cultura específica y que va contextualmente al ataque de la cultura occidental denunciándola de enemiga y opresora” (mi traducción, 7). El autor señala que la “identidad” que los multiculturalistas rechazan, la de los “blancos, hombres y muertos” (mi traducción, 7) es la de quien precisamente impulsó la civilización libre y democrática, y desarrolló la teoría y la práctica del pluralismo (a pesar de que creo que el politólogo está en lo cierto en términos generales, es importante destacar que durante la temprana Edad Media el mundo musulmán podía ser considerado como más abierto y pluralista que el cristianismo occidental). Desde una perspectiva europea, el autor infiere que los orígenes del concepto de pluralismo se remontan a los conflictos religiosos de la Europa del siglo XVII y la de su resolución mediante la separación del Estado y la Iglesia. A diferencia de sistemas políticos teocráticos (Sartori menciona a los estados islámicos como ejemplo), el pluralismo afirma que “la diversité et le désaccord sont des valeurs qui enrichissent l'individu et sa ‘cité politique’” (17). Sartori hace hincapié en el hecho de que a pesar de que el pluralismo respeta la multiplicidad cultural que encuentra, no tiene como objetivo fabricarla. La intención principal del pluralismo, señala, es la de “asegurar la paz intercultural y no de alimentarla” (mi traducción, 27). En cambio, “le multiculturalisme revendiquant la sécession culturelle et se résolvant dans la tribalisation de la culture est antipluraliste” (29). Una faceta positiva que destaca de una sociedad pluralista, en detrimento de una sociedad multiculturalista, es que en la primera hay ausencia de “cleavages” o sea líneas de división que separan a unos grupos de otros. La sociedad pluralista excluye por definición “todo tipo de sociedad que se articula alrededor de la noción de tribu, raza, casta, religión o cualquier tipo de grupo tradicionalista” (mi traducción, 34). El tipo de sociedad que defiende Sartori presupone *cleavages* que cortan transversalmente y cruzadamente las afiliaciones múltiples. El multiculturalismo, en cambio, promueve *cleavages* acumulativos que, como consecuencia, al final producen el desmembramiento de la sociedad.

Sartori y Barry parecen estar de acuerdo en el énfasis desmedido que el multiculturalismo pone en la cuestión cultural. Tanto para el italiano como para el inglés, los

multiculturalistas crean y refuerzan las identidades culturales. Sartori comenta:

Ce sont les multiculturalistes qui fabriquent les cultures, en les rendant visibles et importantes pour s'en servir ensuite dans un but de séparation et/ou de rébellion. (75)

Esta idea no difiere mucho de lo que sostiene Barry cuando habla de la “culturalización” que se hace de los grupos, lo que lleva a concluir erróneamente que “toda desventaja proviene del ‘no-reconocimiento’ de la cultura de un grupo determinado” (mi traducción, 308). Oponiéndose a la idea central de los multiculturalistas, Barry sostiene que “la cultura no es el problema y la cultura no es la solución” (mi traducción, 317). Lo que ambos autores objetan con más vigor al multiculturalismo es el hecho paradójico de que éste crea y refuerza los problemas que pretende combatir. Por un lado quiere promover la igualdad pero, por otro, al fabricar o enfatizar las diferencias, impide una solución definitiva. Tanto Barry como Sartori sostienen que el multiculturalismo se justifica a sí mismo generando los problemas que debe solucionar.

Como lo deduce muy bien Giovanni Sartori, el multiculturalismo no puede crear condiciones fecundas de convivencia multigrupal por la simple razón de que obstaculiza el diálogo intercultural. Una sociedad donde los miembros de diferentes grupos etnoculturales se encierran dentro de los confines que los separan de otros grupos no es proclive al “interculturalismo”, que es fundamental para lograr una convivencia ventajosa para todos los grupos. Es justamente ésta una de las diferencias esenciales entre el pluralismo y el multiculturalismo, nos señala Sartori: “Le pluralisme se reconnaît non pas dans une descendance multiculturaliste mais, éventuellement, dans l’interculturalisme” (110).

En un ensayo intitulado *Estados multiculturales y ciudadanos interculturales*, Will Kymlicka sugiere que “debería haber una concordancia entre nuestro modelo de Estado multicultural y nuestro modelo de ciudadano intercultural” (47). Reconoce que “los modelos existentes de Estado multicultural no siempre encajan bien con nuestro modelo de ciudadano intercultural” (48). Admite, además, que las reformas multiculturales tienden a socavar “formas deseadas de interculturalismo” (48). Define el Estado multicultural en oposición al concepto de Estado-nación, en el reemplazo de las políticas asimilacionistas y excluyentes por políticas de reconocimiento y adecuación; y el “reconocimiento de la injusticia histórica acompañado de enmiendas” (50). Lo que define al Estado multicultural según Kymlicka son estas tres ideas interconectadas. El problema que yo noto en la propuesta de Estado multicultural que defiende

Kymlicka es que, en la práctica, difícilmente esta puede crear un terreno propicio para la interculturalidad ciudadana. Me baso principalmente en el argumento de Brian Barry que sostiene que los multiculturalistas, y Kymlicka no es la excepción en este punto, estiman que la identidad grupal étnica o cultural son las características fundamentales que unen a una nación o pueblo y que cualquier falta de reconocimiento de estas características atenta contra lo más hondo del sentimiento común de una comunidad determinada. De algún modo los multiculturalistas “esencializan” el concepto de etnicidad o cultura. Para ilustrar esta idea, Barry cita a Baumann quien opina que: “Ethnic groups, it has been said, are seen by multiculturalists as ‘self-evident’, quasi biological collectives of a ‘reified culture’”(11). En un Estado multicultural se crean situaciones en las cuales los ciudadanos viven en “universos paralelos” y por ende el bien intencionado intento de querer propiciar la interculturalidad entre los ciudadanos está destinado a fracasar. Sólo en un Estado donde los miembros compartan un destino común y donde exista la confianza mutua pueden darse las condiciones propicias para que se genere la interacción intercultural.

Considero que no hay política que pueda forzar la interculturalidad y la mutua comprensión, utilizando las palabras de Barry, si los grupos se encierran en sus diferencias y viven “soledades paralelas” y no sienten que comparten un destino común. El caso de Canadá es especial porque a pesar de que los canadienses anglohablantes y los francohablantes efectivamente, como dice Kymlicka, viven “soledades paralelas”, sí sienten que forman parte de una historia y un destino común. No ocurre así con los inmigrantes que al llegar al país se ven obligados a confinarse con los miembros de sus grupos dentro de límites bien definidos. Los amerindios, a pesar de ser considerados oficialmente como un grupo nacional minoritario, comparten los mismos problemas que las minorías étnicas (es decir, los que decidieron voluntariamente dejar su país de origen para instalarse en un territorio nuevo). Me concentraré, pues, en el caso específico de la realidad canadiense para argumentar que las políticas multiculturales (tales como la canadiense) deben ser replanteadas. He expuesto las ideas principales respecto a la posición multiculturalista y antimulticulturalista de los autores que he mencionado, para compararlas con datos estadísticos socio-económicos de grupos minoritarios (especialmente minorías visibles) y poder interpretar estos resultados desde una perspectiva teórica y viceversa.

Basado en datos del censo de 1991 y 1996, el análisis de inmigrantes de Edward B. Harvey y Kathleen Reil de la

universidad de Toronto, *An Analysis of Socioeconomic Situation by Ethnocultural Groups, Periods of Immigration and Gender for Canada and Toronto CMA, 1986, 1991 and 1996 Compared*, revela una directa relación entre la raza y el lapso trascurrido desde la inmigración, y el estatus socioeconómico de los inmigrantes a nivel nacional. Los resultados de la comparación de las experiencias de los inmigrantes en Canadá, Ontario y la región de Toronto refuerza la imagen de deterioro del estatus de las minorías visibles durante cinco años durante el período de 1991 y 1996. El estudio hace hincapié en la necesidad de reexaminar las políticas de inmigración e integración, y el rol de los sectores privados y el de las organizaciones comunitarias para revertir las corrientes y las direcciones que demuestra el resultado del estudio.

El estudio de Meter S. Li, profesor de sociología de la universidad de Saskatchewan, *Cultural Diversity in Canada: the Social Construction of Racial Differences*, aparte de describir una situación socioeconómica de las minorías visibles similar a la del anterior estudio, nos habla sobre el rechazo de las políticas multiculturales de Canadá, tanto por parte de los grupos mayoritarios como minoritarios:

The growth of the visible minority population had intensified the critique of the federal multiculturalism policy as being too much oriented towards cultural preservation, and not enough towards promoting social equality. [...] As the visible minority population increased, and along with it, a greater concern was voiced over the question of racism and discrimination, the apparent contention between the cultural orientation and equality orientation towards the multiculturalism policy was sharpened. (11)

Varios de los puntos que se han desprendido del debate teórico que he presentado encuentran un fundamento en los resultados que expone el profesor Li. El sociólogo canadiense cita los resultados de otra investigación que confirma el descontento social (por parte de grupos dominantes) con respecto al multiculturalismo que se intenta imponer en Canadá:

Another survey, conducted by Ekos Research Associates in 1994, found that most respondents agreed that there are too many immigrants, especially from visible minority groups, and that 60 percent of respondents agreed that "too many immigrants feel no obligation to adapt to Canadians values and way of life" (Globe and Mail, 1994). These results indicate that a segment of the Canadian public persistently sees visible minorities as being the major problem of immigration, and that their alleged unwillingness to adapt to Canadian values and lifestyle is undermining Canada's social cohesion. (15)

Contrastemos estos resultados con informaciones oficiales del gobierno de Canadá acerca del resultado de su programa multiculturalista:

The Canadian experience has shown that multiculturalism encourages racial and ethnic harmony and cross-cultural understanding, and discourages ghettoization, hatred, discrimination and violence.

Through multiculturalism, Canada recognizes the potential of all Canadians, encouraging them to integrate into their society and take an active part in its social, cultural, economic and political affairs. (http://www.pch.gc.ca/progs/multi/index_e.cfm)

Es evidente que la realidad que pinta el gobierno acerca de su programa multicultural no corresponde con la realidad que describe el estudio del profesor Li. Si nos atenemos a los resultados de las dos investigaciones socioeconómicas, estamos forzados a reconocer que el gobierno debería replantearse seriamente varias cuestiones pertinentes a cómo llevar adelante políticas de inmigración y de ciudadanía, ya que no puede considerarse aceptable que en uno de los países que se autoproclama como "modelo de Estado multicultural" exista la discriminación social y laboral, la "guetificación" de las minorías, la restricción a ciertos puestos públicos de remuneración superior a los trabajos al que tienen accesos las minorías visibles (esto lo puede observar cualquier persona con sólo pasearse por la ciudad de Montreal). Es inaceptable que en el único país que tiene un Acta Multicultural se produzcan situaciones de tensión entre diferentes grupos mayoritarios y minoritarios que se intentan resolver mediante la separación y la marginación, en vez de impulsar la interacción y el diálogo intercultural. Si el multiculturalismo tiende a resolver los conflictos intergrupales exacerbando las diferencias, los miembros de cada grupo minoritario no tendrán más remedio que refugiarse en su grupo cultural, étnico, religioso, etc., ya que la interacción con otros grupos está destinada a fracasar. Eduardo E. Doménech, en un estudio interesante sobre el multiculturalismo desde una perspectiva argentina y latinoamericana, cita a dos autores con los que concuerda al tachar al multiculturalismo de racista: para Žižek, ..., el multiculturalismo –reducido a una sola expresión– si bien "no opone al Otro los valores *particulares* de su propia cultura", lo considera racista porque "el respeto multiculturalista por la especificidad del Otro es precisamente la forma de reafirmar la propia superioridad" (Žižek 172). En esta misma línea, Fish tilda de "racistas" a los multiculturalistas (conservadores) no por el hecho de que persigan la subyugación de determinados grupos, sino porque reproducen los estereotipos raciales y respaldan a las instituciones que los potencian (McLaren, 1997:151). Para McLaren, el racismo sería una "precondición" para el multiculturalismo de tipo conservador, que convierte a las virtudes occidentales en la base de la estética nacional sobre la civilización y la ciudadanía, no

extensible a las demás formas que puede adquirir (McLaren 152; Domenech 43).

Considero que cualquier política que priorice el separatismo antes que la integración está destinada a fracasar. Si bien es cierto que una gran mayoría de los inmigrantes que han sido acogidos en un país multicultural como Canadá se encuentran beneficiados en varios aspectos en comparación con sus países de origen, terminan incorporando una forma de vivir en la cual la regla más importante es mantenerse alejado del Otro. Sería productivo que los multiculturalistas, en su ataque al modelo de Estado-nación que tanto critican por su política “asimilacionista”, rescaten algunos de los aspectos positivos (por supuesto no todos los son), de “lo antiguo”, que vean lo que vale la pena ser rescatado, como, por ejemplo, el hecho de que en varios de estos Estados tradicionales democráticos se logra más fácilmente una unidad que no está basada ni en la identidad, ni en la religión, ni en la raza, etc. sino en el deseo de proyectarse juntos hacia el futuro, siendo este deseo más importante, según muy bien dice Barry, que el aspecto cultural o étnico con el que los multiculturalistas se obsesionan.

Conclusión

Una de las intenciones de mi trabajo fue la de señalar algunos de los problemas de la propuesta multicultural. Considero que los fines que se proponen algunos

Bibliografía

Barry, Brian. *Culture and Equality: An Egalitarian Critique of Multiculturalism*. Massachusetts: Harvard University Press, 2001.

Baumann, G., “Dominant and Demotic Discourses of Culture: Their Relevance to Multi-Ethnic Alliances” en Werbner, P. y T. Modood (eds.) *Debating Cultural Hybridity: Multi-Cultural Identities and the Politics of Anti-Racism*. Londres: Zed Books, 1997.

Domenech, Eduardo E. “El Multiculturalismo en Argentina: Ausencias, ambigüedades y acusaciones”. *Estudios* 14 (2003): 33-47.

Kymlicka, Will. *La Citoyenneté Multiculturelle: Une théorie libérale du droit des minorités*. Montreal: Boréal, 2001.

-----“Estados multiculturales y ciudadanos interculturales”. *Actas del V Congreso*

multiculturalistas como Kymlicka son dignos y sus propuestas deben ser escuchadas y debatidas. En mi opinión, creo que deberían entender que la solución al “asimilacionismo” que tanto temen no es “el separatismo”. Primeramente, estimo que no se le debe temer a que en una sociedad donde conviven diferentes grupos cuyas creencias y culturas son muy distintas a la de los otros grupos, se apunte a lograr un mínimo grado de cohesión, es decir de “aculturación”. Me refiero al concepto del que Brian Barry trata cuando distingue entre “assimilation” y “aculturation”. En el primer caso hay una pérdida total de la identidad al incorporar una nueva que sería la del grupo dominante. En el caso de “aculturation”, uno no renuncia a su cultura original, pero sí acumula nuevos puntos de vista, incorpora nuevos esquemas (al romper con algunos de los antiguos, siendo esto fundamental según lo ha explicado el profesor Godenzzi), y de este modo se puede generar un clima propicio de diálogo mediante el cual se logre construir una unidad que respete las diferencias, en vez de una diversidad que destruya la cohesión multigrupal. Como dice Fidel Tubino en su comentario del texto de Kymlicka, “Estados multiculturales y ciudadanos interculturales”: “Mientras en el multiculturalismo la palabra clave es tolerancia, en la interculturalidad, la palabra clave es diálogo” (Kymlicka 74). Apuntar a una interculturalidad que refuerce la integración eliminando los prejuicios y los estereotipos debe ser el objetivo de los Estados modernos que pretenden servir de modelo para los demás.

Latinoamericano de Educación Intercultural Bilingüe: Realidad multilingüe y desafío intercultural. Ed. Roberto Zarquiey. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003. 47-81.

McLaren, Peter. *Pedagogía crítica y cultura depredadora. Políticas de oposición en la era posmoderna*. Paidós: Barcelona, 1997

Sartori, Giovanni. *Pluralisme Multiculturalisme et Etrangers: Essai sur la société multiethnique*. Paris: Editions des Syrtes, 2003.

Li, Peter, S. *Cultural Diversity in Canada: the Social Construction of Racial Differences* (www.canada.justice.gc.ca/en/ps/rs/rep/RP2002-8.pdf)

Edward B. Harvey, Kathleen Reil. *An Analysis of Socioeconomic Situation by Ethnocultural*

Groups, Periods of Immigration and Gender for Canada and Toronto CMA, 1986, 1991 and 1996 Compared, (www.ceris.metropolis.net/Virtual%20Library/economic/harvey2.htm).

Zizek, Slavoj. "The one measure of true love is: you can insult the other". Entrevista de Sabine Reul y Thomas Deichmann. Spiked. 15 de noviembre

2001. Acceso: diciembre 2004.
<http://www.spiked-online.com/Articles/00000002D2C4.htm>..

Traducción al español en *Otrocampo. Entrevistas*. Acceso: diciembre 2004.:
<http://www.otrocampo.com/7/amor_zizek.html.